

# SUPLEMENTO INFANTIL

## DE

# EL BIEN PÚBLICO

Mahón, 24 de Diciembre de 1924

## Historia de la bandera nacional

Si en la pelea veis caer mi caballo y mi estandarte, levantad a éste primero que a mí.

Carlos I de España (En Túniz).

Desde que la Humanidad se reunió en agrupaciones, tribus o pueblos, existe la bandera de una u otra forma. Símbolos, figuras de animales, crines de caballo, flores, plantas, hasta la camisa de Nemrod en lo alto de un palo sirvió a los hombres de guía que les animaba en la conquista, les enardecía en la defensa y arrancaba lágrimas de ternura de sus ojos, infundía valor en sus corazones y hacía de ellos héroes que en su defensa morían.

Porque la bandera es la imagen viva de la Patria que ha conmovido con sólo ver ondear sus colores a todo hombre de corazón a todo hombre bueno.

Nuestra historia está llena de rasgos heroicos, sublimes, inspirados por la enseña Patria, con los cuales podría hacerse voluminoso libro.

El espacio de que disponemos no nos permite narrar ni enumerar siquiera algunos de ellos, y tenemos que limitarnos a decir muy concisamente, la historia alambicada de nuestra querida bandera.

El escudo y la bandera están tan íntimamente ligados, que en muchos casos la bandera era el escudo mismo, y casi todas las banderas se han llegado a formar con los colores de los escudos primitivos.

El castillo dorado y el león rojo de nuestro escudo son antiquísimos, pues Brige cuarto rey de la Península ibérica, usaba el primero en sus adargas, y el león rojo figuró en los escudos de los reyes godos hasta don Rodrigo. Pelayo llevó por armas y estandarte el león de gules o rojo en campo de plata, y más tarde usó la cruz que se le apareció antes de dar la batalla a los moros.

En 1147 Alfonso VIII adoptó la bandera cuartelada de rojo y blanco con leones y castillos, y así se usó durante mucho tiempo. Esta misma bandera se ve en la pintura que se conserva en El Escorial en la sala de las batallas, y representa al rey D. Juan con sus huéspedes en la batalla de la Higuera. Igual fue también la bandera que enarbó Colón al poner la planta en el Nuevo Mundo con el nombre de España.

En 1396 el Parlamento celebrado en Barcelona acordó que llevasen por bandera las barras amarillas y coloradas, bandera parecidísima a la actual mer-

cante, en que ternan las fajas rojas con las amarillas.

Estos dos colores, como se ve, fueron los predilectos en España.

Alfonso XI fundó la Orden de la Banda, que era roja con ribetes de oro, y el color rojo llega ya a considerarse como color nacional, y tal era la bandera que llevaba la galera de D. Juan de Austria. Hasta en los uniformes de los soldados predominaba el rojo y los tercios creados por el cardenal Cisneros llevaban calzas rojas con cuchillos amarillos, y de rojo y gualda vestían los soldados de Felipe II, cuya bandera, por los años de 1567, era amarilla, con la cruz de Borgoña roja en el centro.

Desde 1642 el regimiento del Rey llevaba bandera roja con la cruz de Borgoña, de encarnado subido, por lo que el vulgo le llamaba el tercio de los colores viejos. Más tarde el mismo tercio llevó el pendón morado de Castilla, que aún usa el inmemorial regimiento.

Unos veinte años después la bandera de los regimientos era roja, con la cruz de Borgoña blanca.

Felipe IV dió a los batallones bandera blanca con la cruz de Borgoña roja, cuyos brazos terminaban en una corona y en los ángulos entrantes castillos y leones de oro.

En 1709 se suprimieron los símbolos de Castilla y León, y las coronas en las extremidades de la cruz, y en su lugar llevaban los escudos de la provincia cuyo nombre llevaba el regimiento.

Como se ve, los colores de Castilla, León y Aragón han predominado siempre en nuestras banderas y escudos.

El rey Carlos III dió en 1785, después de haber examinado once proyectos de banderas un decreto que decía:

«He resuelto que en adelante usen mis buques de guerra la bandera dividida a lo largo en tres listas de las que la alta y baja serán encarnadas y de ancha cada una de la cuarta parte del total, y la de en medio, amarilla, colocándose en ésta el escudo de mis Reales Armas, reducido a los dos cuarteles de Castilla y León, con la Corona Real encima y el gallardete con las mismas tres listas...»

Y que las demás embarcaciones usen, sin escudo, los mismos colores, debiendo ser la lista de en medio amarilla y del ancho de la tercera parte de la bandera.»

A pesar de tener nuestra bandera actual solamente ciento veintinueve años de antigüedad, hay pocas que tengan más vida que ella. En Europa, sólo la bandera danesa, que data del siglo XIV, es más antigua que la española. Las de

las demás naciones europeas son más modernas; algunas de ellas, con notable diferencia.

La historia y descripción del escudo nacional, íntimamente ligadas a las de la bandera, y por lo tanto a la historia patria, exigen que nos ocupemos de ellas en otra ocasión, para no hacer interminable esta somera descripción de los sagrados emblemas de la madre España.

## Vulgarizaciones de Higiene

### LA ROPA INTERIOR

Ya sé que la mayoría de la gente tomará por loco al que se atreva a aconsejar, en este tiempo, la supresión de toda clase de ropa interior. Sobre todo cuando hay tanto doctor que presta su nombre, más o menos extranjero y enrevesado, para que los industrialistas de tejidos los estampen en las prendas que lanzan al mercado. Pero yo, aún a riesgo de que se dude de mi razón, me atrevo a dar ese consejo en beneficio de mis queridos lectores.

Antes de razonar este consejo, creo conveniente repetir una vez más que esta serie de artículos de Vulgarización de Higiene está dedicado a las personas que gocen de perfecta salud, y aún éstos harán bien, si quieren seguir nuestro sistema, en acostumbrarse a él poco a poco, sin bruscos cambios en sus costumbres, que pudieran serles perjudiciales.

Sé que si consultáis mis consejos con un médico probablemente no los seguiréis. Existe, desde luego, un gran número de higienistas inteligentes entre los médicos, pero abundan más los que no tienen ninguna idea práctica de la higiene individual, porque sinó no vivirían muchos como viven, no tendrían las caras que tienen y no permitirían a sus clientes las cosas que permiten. Si os dirigís, por desgracia a alguno de los que pertenecen a este último grupo o alguno de esos médicos de familias burguesas a la antigua usanza, que no tienen opinión personal o ideas propias, que no hacen más que seguir el curso de las de los demás, os dirá que el sol produce insolaciones, que «de cuarenta para arriba no te mojes la barriga», y que debe uno enfundarse en camisetas de lana para combatir el frío. ¡Y un título de doctor suele inspirar tanta confianza!...

Volviendo al tema de la ropa interior; no es que seamos enemigos fanáticos de la franela y de la lana. Pero el ideal sería—lo cual es fácil—que se fuese uno acostumbrando poco a poco a llevar el mínimo posible de ropa interior. Si la última capa de ropa, ésta es, la que está en contacto con el cuerpo es de lana, mucho peor, porque la piel se irá haciendo cada vez más sensible y más delicada que si se la cubriese siempre con prendas de hilo o algodón. Mucha gente suele llevar un chaleco de franela y una camiseta debajo de la camisa, que suele ser de un tejido poco poroso. Esta es una mala costumbre, porque impide la libre respiración cutánea. Cuando hace frío es preferible usar un gabán más grueso, porque de esta manera, cuando entramos en una estancia donde la temperatura no sea tan baja como

a la intemperie, podemos quitarnos rápidamente el abrigo, lo que no nos es permitido hacer con el chaleco de punto o la camiseta.

Todos esos trajes de punto que expende el comercio, recomendados por algunos doctores que prestan su nombre al reclamo y a la industria, parecen, al principio de usarlos, muy agradables, porque aumentan la sensación de calor y bienestar. Pero poco a poco se va notando que la piel se calienta demasiado, que se irrita, y que se va uno haciendo muy sensible a los catarros, nervioso e irritante, se nota aversión al agua fría y se acaba por sufrir alteraciones en la salud.

Es verdad que el chaleco de franela absorbe el sudor, sin que por eso se ponga húmedo ni frío. Pero es precisamente ese mismo chaleco el que nos hace entrar en transpiración. Cuando se va a hacer algún deporte está bien que uno se provea del chaleco de punto, sobre todo si después del ejercicio no hay facilidades para bañarse y mudarse de ropa, pero en la vida corriente y diaria es desagradable sudar, para evitarlo, lo más sencillo es usar ropa ligera y porosa, para que la evaporación de nuestro cuerpo no se condense. Con esto se evitarán muchos catarros.

EL DOCTOR FRITZ.

### POR ESOS MUNDOS

## El Monasterio del Escorial

A cincuenta y dos kilómetros de Madrid, y en medio de la sierra abrupta y casi improductiva, frente a la cordillera Carpetana, hállase enclavado este soberbio edificio, gloria de la arquitectura, en la vertiente de una villa que fué más serena en extremo, donde la soledad nos incita al recogimiento y los espíritus se esparcen a su libre albedrío; donde las almas se elevan y el corazón se esponja de felicidad. Denomínase esta villa El Escorial de Arriba, y hoy es cabeza de partido judicial.

Este monasterio, que fué durante muchos años la octava maravilla del mundo y actualmente es la quinta, se erigió por iniciativa del absoluto Felipe II, el Rey de las prósperas Españas, en cuyos dominios no se ponía el sol, el año 1563, para perpetuar la memoria de la batalla de San Quintín, ganada por los españoles el día de San Lorenzo de 1557, por lo cual se intituló monasterio de San Lorenzo, si bien comunmente es conocido por monasterio de El Escorial.

Felipe II quiso ofrendar con esta obra un palacio a Dios, construyendo a la par en el mismo edificio una choza para él, y a fe que lo consiguió. No puede darse contraste mayor entre la austeridad de todo el edificio y la grandezza de sus dependencias, y la sencillez y po-

Lavados en seco  
Colores finos y sólidos a la muestra  
Lutos rapidísimos  
Plissés, acordonados, watteaux,  
etcétera  
Se lavan, tiñen y rizan plumas  
Lavado de renards y toda clase  
de pieles  
Visillos, stores, cortinajes  
y alfombras

TEINTURERIE A. CHATELAIN

BARCELONA

Representante en Menorca: VDA. DE J. SINTES

ANUNCIVAY, 26. — MAHÓN

La preferida de la gente chic

Ni más cara ni más barata que cualquiera de las de primer orden; pero la más pulcra, rápida y exacta

Tantas expediciones como vapores correos

breza de las destinadas a vivienda del Rey.

Comó datos preliminares, para luego entrar a describir las bellezas, sorpresas y tesoros que encierra este magno edificio, diré que su arquitectura pertenece al orden greco-romano, habiéndose tardado en construirlo 37 años; sus dimensiones ocupan medio millón de pies cuadrados de terreno; sumando el largo de sus corredores, patios y demás dependencias, se alcanza una distancia de 33 leguas; cuenta más de 10.000 ventanas, 12.000 puertas, 86 escalinatas compuestas de 6.704 peldanos, 16 patios, 88 fuentes, 11 aljibes, 9 torres, 4.565 habitaciones y 2.620 desvanes. Además encierra 16.000 cuadros, 540 frescos, 75 grandes estatuas y 50 pequeñas, 35.000 volúmenes y 5.000 códices, y en él se veneran 7.422 reliquias.

Los artistas más notables del mundo trabajaron en él y para él. En arquitectura Juan de Herrera, Juan de Toledo, fray Antonio Villacastín, Jacobo Trezzo, fray Juan de Mora, fray Nicolás de Madrid, Manuel Urquiza, Ventura Rodríguez y otros muchos. En pintura, Jordán, los hijos de Bergamaso, Navarrete, Peregrín Tibaldi, Claudio Coello, Lucas Cangiassi, Francisco Urbino, algunos anónimos frailes de la Orden de San Jerónimo y otros, sin contar que hay originales de todos los maestros. En escultura, Monegro, León y Pompeyo, Benvenuto Cellini, Tacca y Ponzano. En música, fray Antonio Soler, uno de los primeros maestros del siglo XVIII, y los Padres Tafalla, Valle, Torrijos, Rodó y otros muchos. En ciencias y literatura, Benito Arias Montano, el Padre Sigüenza, el Padre Quevedo y otros historiadores. En caligrafía, fray Martín Palencia y Ambrosio Salazar y en ebanistería, José Flecha y Angel Maeso.

ANDANTE

CUENTO DE NOCHEBUENA

Palmoteó gozosa y alegre Isabelita. La obra, en que efusivamente trabajó todo el día, secundando al abuelo Pedro, estaba ya completa. En un ángulo del comedor, frente a la ancha chimenea, en la que chisporroteaban unos leños, alzábase el Nacimiento, un precioso Belén, que las manos bondadosas del abuelo trabajaron con amor, con el entusiasmo que los ancianos ponen en estas labores, que han de hacer brotar en el corazón de los pequeños que los reviven, la planta de la ilusión, que ofrece las bellas flores, de la Fé, de la dicha candorosa y de la ingenua alegría, de la felicidad y ventura, nunca más completas, santas y bendecidas, que cuando las vigoriza y fortalece, el campo virgen de la inocencia y las abona la pureza.

El hermoso Belén, ya estaba terminado y el abuelo, contemplaba con cariño su obra creadora de montañas valles, desfiladeros, barrancos, ríos y lagos, trazado de carreteras, caminos, puentes, todo minúsculo, endable, como obra humana, pero en una imitación bastante discreta, mirada con ojos de hombre, en semejanza maravillosa, al decir de Isabelita, que radiante su rostro, sintiéndose feliz, se apartaba su vista del Nacimiento, complaciéndose en enumerar la colocación de las figurillas de los pastorcillos, que en caravana de amor, cargados de presentes unos, llevando por delante los rebaños y manadas otros, dirigíanse a la Cueva Santa, al Sagrado Establo para rendir adoración al hijo de Dios, al Rey de Reyes, que por redimir a la Humanidad, tomó forma de hombre.

Lo que más admiraba a Isabelita era la Cueva Sagrada. Habíase esmerado el abuelito haciendo una copia fiel del humildísimo lugar escogido por Jesús para venir al mundo, dando a entender así que la humildad y la pobreza no deben ser desechadas, puesto que Dios las escogió y, al escogerlas, bendecía, para que ellas, con la Pobreza y la Fé, recibieran al Hijo amado, a su legada a la tierra.

No faltaba detalle: la Virgen María, bella

y purísima, con su manto azul en extática actitud de adoración y amor al Hijo. El Patriarca San José, envuelto en su parda túnica, humilde y creyente, con la palma de elegido; el humilde pesebre cuna del niño Jesús; la vaca y el mulo, que con sus bellos, dieron calor al Divino cuerpo del Divino infante; perfecta era la obra del abuelito Pedro y al contemplarla Isabelita, palmoteaba alegre y bulliciosa, reía, sentíase feliz, dichosa y transmitía al viejo artífice, al autor de aquella acabada obra, una tan grande felicidad como la que ella sentía, que los abuelos ríen y lloran, gozan y sufren, con sus nietos, que ellos reflejan en sus sentires y con sus risas se alegran y con sus llantos sufren.

—¡Eh! ¿Qué tal, tiranuela? ¿Estás contenta? Díjole abuelito.

—¡Oh! Sí; abuelito, mucho, ¡mucho! ¡Es muy bonito nuestro Nacimiento! pero... dime, abuelito, ¿por qué no has puesto en el pesebre al Niño Jesús?

—¿Defectillos sacamos? ¡Miren la «D.ª Perros»! Te explicaré: el Niño Jesús no vino al mundo hasta las doce y a dicha hora pondremos. En cuanto cante el Gallo de primera noche, verás como el pesebre recibe al Divino cuerpo de Jesús.

Callóse Isabelita y saltando sobre las rodillas de su abuelo, siguió contemplando el Belén y aquel desfilé imaginario de figurillas, señalando a su acompañante, que dichoso sonreía y asentía, los presentes, obsequios y regalos, que cada uno y todos, llevaban en ofrenda amorosa al Niño Jesús, cuyo advenimiento anunciaron los ángeles a los pastores de Belén.

Entraron en la estancia, abuelita, los papás e invitados a la cena de Nochebuena e Isabelita corrió a ellos conduciéndoles ante el Nacimiento haciéndoles admirar la más acabada obra de Navidad y con gracejo iba dando a todos prelijas explicaciones.

La mesa que ocupaba el centro del aposento estaba servida y ofrecía la esplendidez proverbial, en el día más señalado para la Cristianidad, que celebra el gran acontecimiento del advenimiento al Mundo del Hijo de Dios.

Abuelita, llevó a Isabelita al lugar que designaronle y después de acercarse a la chimenea, arrojó al fuego el nochebuena, dirigiéndose a ocupar la cabecera de la mesa, comenzando alegre, la colación de la noche grande, de la noche buena.

Fuera silbaba el viento y el rebotar de la lluvia en los cristales del balcón aumentaba los tonos acres y disonantes, de la rapsodia furiosa del vendaval. De vez en cuando, el silencio del exterior, era rasgado por una vez que alegre cantaba el villancico tan popular:

Esta noche es Nochebuena  
Y no es noche de dormir

II

En una humilde habitación de humildísima vivienda, una niña, Mariquita, vela el sueño de su pobre madre enferma. Sentada junto al pobre lecho, limpio y aseado, Mariquita contempla a su madre y de sus ojos, despréndese hilillos de perlas, que silenciosas caen sobre las sábanas, abriéndose en círculos, para ser sorbidas por las fibras del tejido.

Llora Mariquita. Su madre, que le hablara de la Nochebuena y que proyectaba una fiesta, sencilla pero feliz para el hogar humilde, sufría enferma, postrada en el lecho, no tenía otra asistencia, en la noche que muchos ríen y cantan, que ella.

Lloraba la niña y su llanto cada vez más amargo, naía del dolor de su madre, que lloró también mucho, cuando el médico, dejando la receta sobre la cómoda, dijo, que si no podía comprar aquella medicina había que llevarla al Hospital (¡separarlos!) y no se podía comprar que en los días de la enfermedad de la madre agotáronse las escasas reservas.

Mariquita sentía terror, pánico ante aquella separación de la que siempre la cuidaba con mimo y con amor. Temía que al dejarla la perdería para siempre y su débil pecho sentía la fuerte presión, de la zarpa pesada y fiera del menstro del dolor, nunca tan inhumano como cuando en el corazón puro de un ángel se asienta.

—¡Si yo fuera mujer! —pensaba Mariquita— podría atender a mi madre, curarla, salvarla, retenerla aquí, ser yo para ella, lo que ella ha sido para mí.

Lentas cayeron las campanadas del reloj público. Contó doce la pequeña Mariquita y cada aldabonazo dando en el metal en desgrane de sonidos, sentíalo Mariquita repercutir en su corazón: era una hora más que sin la medicina pasaba su pobre madre.

Levantose la niña y acercóse a la puerta de la calle. El viento violento y la lluvia pertinaz dábale miedo. Había tenido una idea, ir a pedir de puerta en puerta para la medicina de su madre: la crudeza de la noche infundiale pavor, el temor de separarse de su madre pánico y éste tan grande era que dióle valor. Mal arrebujóse en una gruesa mantilla y decidida lanzóse al arroyo: iba a pedir para su madre y en la Nochebuena confiaba, pues si en aquellas horas la Virgen Inmaculada, recibiera al Hijo de Dios, el Niño Jesús, Redentor del Mundo, la redimiría de aquel dolor, dándole medios de volver la salud al cuerpo de su amada madre que en su humilde hogar sufría atenazada por la fiebre y por el dolor. Decidida salió a la calle la niña, sumergiéndose en la oscuridad de la noche inclemente.

III

Aterida de frío, que la lluvia al calar su ropita, helaba su cuerpo, recorrió Mariquita varias calles, llamando a algunas puertas. En todas e en casi todas halló propicios los corazones a la Caridad, pero mal comprendían su petición y llenábanle las manos de manjares y golosinas. No comprendían que ella pedía algo más ¡la salud, la vida de una madre!

Con el hálala del vestidito repleta de golosinas, marchaba Mariquita, extenuada ya, desesperada y no queriendo desesperar. La casualidad llevóle frente a la casa de Isabelita y para llegar al portal tuvo que hacer un supremo esfuerzo: desfallecía. Sus manitas amarradas llamaron y cuando la puerta giraba sobre los goznes para dar paso a la euitada, su cuerpecillo, débil, doído por tanto sufrimiento, desplomóse inerte, exánime a los pies de la fámula, que presurosa la cogió en sus brazos, reciamdo el suelo de golosinas y dulces al levantar en vile el cuerpo de la pequeña.

IV

La entrada de la criada en el comedor con Mariquita en brazos, interrumpió la alegre cena de Isabelita. En breves palabras fueron todos informados de lo ocurrido y dejando la mesa, prestaron los cuidados a la enfermita. Isabel fué solícita y cariñosa para Mariquita, que al calor del fuego y merced a los cuidados, que prodigáronle, reanimóse abrió los ojos y al mirar a Isabelita, abrazóse a su cuello deshecha en llanto.

Contó la infortunada sus sufrires y los padres de Isabelita, dejando su bienestar, fueron a la humilde casa en que yacía enferma la pobre mujer que dió vida a Mariquita y ofrecióronle los cuidados, que las almas cristianas y buenas, saben rendir a los que sufren. Viendo la escasez de medios, la desatención e inasistencia de la enferma, trasportáronla a su casa en su coche y allí quedaron, madre e hija, amparados por mandatos de la Caridad, que sembró Jesús en los hogares creyentes.

Pronto estuvo repuesta Mariquita, que viendo a su madre asistida, cuidada cariñosamente, sentíase feliz y con Isabelita compartió la cena de Nochebuena, más feliz para todos, aun después de la interrupción, por haber realizado una buena obra y Mariquita, por haber salvado a su madre.

Terminada la colación, las dos niñas fuéronse junto al Belén y al ver Isabelita que en el pesebre de la Cueva Santa, radiante de luz, estaba ya el Niño Jesús, palmoteó gozosa y loca de júbilo y mientras Mariquita atónita, embobadita, contemplaba las bellezas del espléndido Nacimiento, llamó:

—¡Papás, abuelito! ¡Ya está completo el Belén! ¡El Niño Jesús! ¡El Niño Jesús! Miradle, miradle que hermoso, que bello, que divino y sonriente en su humilde pesebre.

Rodearon todos a las dos niñas y mientras Isabelita gozosa palmoteaba bulliciosamente, Mariquita, abriendo mucho los ojos, sentíalos llenos de lágrimas, de felicidad, de alegría, de bienestar y confianza.

El abuelo sentó sobre sus rodillas a las dos niñas y comenzó de nuevo sus narraciones acerca del advenimiento del Niño Jesús... Era una noche fría, helada, de Diciembre, cuando la Virgen María y su esposo San José después de llamar inútilmente a las puertas de las casas de Belén pidiendo posada, llegaron al misero establo, único refugio en la noche tormentosa que había de ser señalada como la más radiante y bella por acaecer en ella el advenimiento al Mundo del Redentor...

Cansadas las niñas, una por sus alegrías, la otra por sus dolores, doblaron sus cabezitas y quedaron dormidas en los brazos del anciano, que gozoso las contemplaba, sintiéndose feliz, dando gracias a Dios porque en aquella noche que señalaba la gloriosa efemeride del Nacimiento del Niño Jesús, les había permitido realizar una buena obra, dando posada, cobijo y calor de hogar a una madre y a una

hija, peregrinos de la vida. «Amas unos a los otros» dijo Jesús, y qué! su legado de amor, seguía imperando en la tierra, pues por amor, por mandato imperioso de la Caridad Cristiana, la humildad y la riqueza habitan unidas en un brazo fraternal, ante la sagrada Cueva en que nació Aquel que enseñó a los hombres a amarse como hermanos...

Mañón 24 de diciembre de 1924. FRANZ.

Animales favoritos

A los que hayan exagerado el amor que se tiene a los animales en nuestros días, se les podía responder que este cariño viene de muy lejos. En todos los tiempos han ocupado un lugar preponderante en los afectos del hombre, y más que en el hombre, en el corazón de las mujeres.

En los viejos castillos feudales, las jornadas hubieran sido irresistibles si no hubiesen sido atenuadas por la presencia de perros o monos que rivalizaban con los graciosos pajes o los distraídos enanos.

Los halcones, fieles compañeros de las jóvenes castellanas, no se separaban de ellas ni en sus largos paseos a caballo, y las acompañaban incluso en la iglesia.

Esta moda era tan natural, que nadie se escandalizaba al ver, durante la misa, una de aquellas aves de rapiña volar y pararse encima del mismo altar.

Luis XI tenía para sus perros delicadas atenciones, vigilaba su alimentación, y durante la noche los hacía dormir en su propia alcoba sobre riquísimos lechos de plumas.

Durante su última enfermedad, el Monarca, presintiendo su próximo fin, se hallaba poseído de una íntima tristeza. Para distraerlo y ahuyentar en lo posible sus negros pensamientos, imaginaron los cortesanos hacer bailar ante él dos cochinitos vestidos de hombre y mujer. La idea tuvo éxito pues la sonrisa volvió a brillar en los labios del Monarca moribundo.

Durante los Valois, el amor a los perros llegó hasta la locura. En esto no se hacía más que seguir el ejemplo de Luisa de Lorena, que estimaba tanto a los perritos, que cuando veía alguno que le agradaba lo hacía robar, no respetando ni a los pertenecientes a los conventos de religiosas.

La Reina Margarita tenía también perritos encantadores, que regalaba algunas veces, como si fuesen joyas, a sus enamorados. Uno de éstos, llevando uno en sus brazos, se lanzaba a los asaltos y a los combates.

El gato también ha tenido sus partidarios. El Cardenal Richelieu se distraía de las abrumadoras tareas del Gobierno con los juegos de sus pequeños Angoras, y se interesaba por las personas que profesaban la misma admiración que él a la raza felina. Es muy conocida la historia de la gata de mademoiselle de Gournay, a la cual otorgó una pensión de veinte libras.

Mazarino prefería los monos, y se complacía extraordinariamente viendo los juegos que con aquéllos emprendían sus sobrinitas.

En la Corte de Versalles, los animales constituían una distracción para las Princesitas. Cada una de ellas tenía sus perros, sus pájaros y sus gatos favoritos.

La Princesa de Conti adoraba a sus animales, y una de las más grandes alegrías del pequeño duque de Chartres era ir a visitar a su abuela la Princesa por los animales que ésta tenía, y eran el regocijo del ilustre nieto.

A menudo los perros han sido causa de celos. Carlos II de España no podía sufrir los que su mujer había traído de Francia, y cuando los veía montaba en cólera y gritaba:

—¡Llévados de aquí estos malditos perros franceses!

Napoleón detestaba el perro dogo de Josefina. El perro, por su parte, hacía objeto al Emperador del mismo odio.